

EL MITO DE REMO

No es fácil decir qué significado tuviese el acto de trasponer el surco con el cual Rómulo intentaba trazar el perímetro de la ciudad, y ya las narraciones antiguas se preocuparon de ofrecer una explicación lógica recurriendo al episodio de los gavilanes aparecidos a Remo en número de 6 antes que Rómulo los viera en número de 12. Este episodio no representa la narración original y lo asegura la filología. Véase la transformación del genuino epónimo *Romos* en la forma *Rémus* y la conexión de ésta con *rémora* o "retardo". Mediante tal variación narrativa se creaba por una parte, el antecedente de un sórdido celo, y por la otra se presentaba el litigio en un marco jurídico (disputa entre el número y la prioridad en el *avispcio*). Si se observa, empero, que el arado y el surco de Rómulo constituían un requisito religioso indispensable al fundador de ciudades —expresión etrusca de la *circumambulacio*—, nos obliga a deducir que el acto de Remo quiere representar fundamentalmente una violenta energía adversa a la empresa, que se manifiesta en la voluntad de quitarle el sentido sagrado.

Pero tampoco con ese criterio se logra interpretar el personaje y su acción, mejor dicho, a comprender qué cosa la experiencia y el juicio colectivo se propusieron significar en el momento que daban vida a una imagen de voluntad destructora y la encarnaban en la persona del hermano. También en la ocasión presente viene en nuestra ayuda la feliz circunstancia que en el espíritu creador de la humanidad se operan algunas "repeticiones", en el sentido de G. Tarde.

He aquí el mito de Remo reproducido en la resonante épica de la expansión polinesia, particularmente en la narración del sabio y afortunado *ariki* Hotu Matua, jefe de la expedición que de lejanas playas desembarcó en la isla de Pascua, a la cual dio habitantes, monumentos, ordenanzas civiles y escritura. No estamos aquí en un círculo de pura fábula, sino en la historia idealizada de un desembarco acaecido en el siglo XIV. La organización de la joven sociedad pascuense y

la propia incolumidad de Hoto Matua se vieron expuestos a las insidias de Oroí, hermano del *ariki*, y para poder cumplir su sagrada misión Hotu Matua fue constreñido a abatirlo (la extraña manera de hacerlo se verá en el escrito in extenso del cual esta nóttula quiere ser brevísimo anuncio).

Tercera figura es Coyolxauqui, la obstinada hermana del capitán que inició y dirigió durante medio siglo el éxodo del pueblo mexicana desde la llanura de Aztlán a la laguna de Anahuac, en donde al término de 260 años (1064 a 1325) fundaría la capital mexicana por excelencia, Mexico-Tenochtitlán. Este gran conductor de pueblos se llamó, como nos dicen las crónicas, Huitzilontl, divinizado posteriormente con el nombre de Huitzilopochtli; las insidias incesantes de la hermana lo indujeron al fratricidio.

Tenemos de esta manera, de un lado tres héroes fundadores de estados, típicos conductores de poblaciones que llevaban en germen nuevas y sustanciosas culturas, imaginados en pleno esfuerzo de conducir la peregrinación o la organización o no menos azaroso *sinoikismo di vici et pagi* —todas empresas que cuestan innumerables dolores, lutos y miserias individuales— y cubren su estridor con la exaltación de lo heroico y el vínculo de lo sagrado. Por el otro lado, tres hermanos que repudian la grandeza, obstruyen el camino y desconsagran la manifestación de la *religio*, o fidelidad jurada por los individuos a la finalidad común.

He aquí definido el "motivo" de Remo en la temática universal, a la manera de la escuela de Helsinki. Y podríamos también sacar enseñanzas y experiencias. Este mito sugiere, en efecto, que no existe grandeza o empresa que no sea fácil desconocer en nombre de la comodidad particular y familiar, luego también burlar e insidiar, y que tal oficio es propio de los hermanos. Lección que puede ser recogida casi en todas partes, y en determinadas naciones con mayor pena.

JOSE IMBELLONI